

CHARLOTTE
LINK

LOS
**AROMAS
PERDIDOS**



Los aromas perdidos, una novela emotiva y brutal, dominada por el ritmo sin aliento de las pasiones y la guerra.

Tras la debacle de la Gran Guerra, Alemania se ve sumida en el desempleo y la pobreza, un terreno fértil para un hombre que cambiará para siempre la faz del mundo: Adolf Hitler.

Entretanto, las hijas de Felicia Dagnelly, ajenas a la sombra que se cierne sobre el horizonte, preparan sus respectivos matrimonios, Belle con Max, un actor idealista, y Susanne con Hans, un oficial de las SS responsable de los Campos de la Muerte.

La boda de Belle se celebra una tarde de mayo en la finca que la familia posee en Lulinn, pero Felicia no asistirá a la ceremonia... Poco a poco, su vida y la de sus seres queridos se verá arrastrada por las convulsiones del período más oscuro del siglo XX.

LIBRO I

1

Era mayo y los campos de colza estaban en flor. El sol centelleaba en el verde claro de las hojas de los árboles. Los prados se veían salpicados de diente de león y trébol, y el viento traía un ligero olor salino desde el mar. Los rayos de sol de aquella tarde casi veraniega caían revoloteando entre el follaje de los robles que bordeaban la subida a Lulinn. Al final de la avenida se divisaba la casa señorial, añosa y cubierta de hiedra. A lo largo del camino de entrada pastaban caballos de raza Trakehner. Dos se perseguían galopando por la dehesa. Otro se había parado, con la cabeza bien alta, junto a la valla, y relinchaba sonoramente.

Aunque vivía casi todo el año en Berlín, a Belle Lombard nunca se le habría ocurrido decir que tenía otro hogar que no fuese Lulinn.

–Soy de la Prusia Oriental –se cuidaba de responder cuando le preguntaban por su origen, y añadía para aclarar–: de Lulinn. La finca es de la familia desde hace trescientos años. Está cerca de Insterburg... O sea, no lejos de la frontera lituana.

Con solo pronunciar las palabras «Lulinn» e «Insterburg», la invadía tal nostalgia que le parecía que no podría soportar Berlín ni un segundo más. Claro que le gustaba la ciudad, vivía en ella, trabajaba en ella, tenía un montón de amigos, pero Lulinn... era una cosa muy distinta. Lulinn era los campos de maíz hasta donde alcanzaba la vista en verano y, en invierno, orondos montoncitos de nieve sobre las vallas de la dehesa; era arándanos en otoño, y el olor de hojarasca y setas; era los gansos salvajes en el cielo, volviendo del sur como primeros mensajeros de la pri-

mavera. Lulinn: robles centenarios y lupinos silvestres, las sombras color gris azulado del bosque en el horizonte, el aroma pesado de jazmín en el viento y de pan de comino recién horneado que llegaba desde la cocina del sótano. La abigarrada rosaleta ante el portal, el tabletear de los zuecos de madera cuando los criados y las chicas de servicio comenzaban muy de mañana el trabajo cotidiano, el susurro del follaje de los frutales del huerto y las suntuosas camas de plumas, blancas como la nieve, que siempre olían tan bien porque Jadzia, el ama de llaves polaca, secaba las sábanas de lino al aire libre después de lavarlas y estas se impregnaban del aroma de heno fresco, flores y hierbas.

En Lulinn parecía que el tiempo se había refrenado y se había acostumbrado a transcurrir más lento, y Belle pensó que era una simetría invariable de todas las cosas lo que daba a la finca su encanto. Fuera de allí, el mundo se mostraba a veces indiferente, pérfido, incluso despiadado, pero en Lulinn había estabilidad y, al abandonar sus muros de nuevo tras un par de días, una se sentía protegida contra todos los conflictos a los que la vida pudiese enfrentarla.

«Todo irá bien», pensó Belle también esta vez, mientras el Armstrong Siddeley color chocolate recién lavado de su tía recorría la avenida de robles. ¡Cómo olían las lilas! Volvió la cabeza y observó a la mujer que conducía. La tía Modeste la había recogido en la estación de Insterburg y, desde entonces, no había dejado de lamentarse sobre el tiempo que consumía aquella tarea.

–Como si una no tuviese nada mejor que hacer –refunfuñó otra vez.

«Cómo puede alguien estar de tan mal humor, cuando tiene la suerte de vivir todo el año en Lulinn», se preguntó Belle en silencio. Ella y Modeste nunca habían podido soportarse. Modeste pensaba que Belle era impertinente y engreída, y que tenía la desafortunada tendencia a meter

la pata en cualquier situación. Por el contrario, Belle opinaba que Modeste era falsa e insidiosa, y que era insoportable que tuviese que tener siempre la razón. Modeste se había casado hacía ocho años con un hombrecito bajo y delgado, hijo de un comerciante de Insterburg, al que manejaba como quería y que se tenía por una especie de misionero; de una manera enervante e insustancial, interrogaba sin descanso a todos los habitantes de Lulinn sobre sus problemas más secretos, y no se inmutaba siquiera ante las preguntas más íntimas. Luego se iba de la lengua, también en círculos más amplios, sobre lo que había averiguado. Sea como fuere –nadie lo hubiese creído capaz, ante su desconsolada delgadez–, en sus ocho años de matrimonio ya había concebido cuatro hijos, y por entonces Modeste estaba embarazada del cuarto, motivo por el cual ella montaba escándalos, jadeaba y se quejaba. «Pero, seguramente, es verdad que no le resulta fácil –pensó Belle en un arranque de compasión–. Está como una bola».

–Hace un calor de pleno verano –suspiró Modeste, y se secó el sudor del rostro enrojecido–. No hay quien lo aguante. Mucho menos en mi estado.

–¿Por qué llevas, además, un vestido negro, tía Modeste? Solo lo hace peor.

Modeste se convirtió de inmediato en la viva imagen de la indignación.

–¿Has olvidado que estoy de luto? Pero, claro, tampoco es que apreciases a mis padres.

Los padres de Modeste habían muerto muy seguidos, y la verdad es que Belle no podía decir que le hubiese dolido especialmente; aunque siempre asusta cuando muere alguien cercano, incluso si tiene un carácter tan agrio como la vieja tía Gertrud o es un auténtico nazi como su esposo Víctor. Modeste, sin embargo, había puesto el dedo en la llaga.

–A mi pobre madre le hacías la vida imposible –añadió –. La contradecías sin parar...

–Bah, Modeste. Yo era una enana y tuve mi fase terca como todos los niños. Nadie tenía por qué tomarme en serio.

Modeste observó casi con rencor el rostro de la joven. «Esa piel blanca tan lisa –pensó–, ¿y cómo puede brillarle tanto el pelo? ¡Qué guapa es y qué joven!»

–Mi madre tenía que ocuparse de todo –continuó–, porque la tuya apenas se dejaba ver. La señora va a lo suyo y los demás le tienen que hacer el trabajo. ¡Menuda ética!

Belle entornó los párpados.

–Deja a mamá en paz. Hace más por todos que nadie.

–Sí, sí... –masculló Modeste. El coche había llegado al portal y pisó el freno. Suspiró, pues sabía lo difícil que le resultaría sacar su enorme cuerpo del automóvil–. Pronto estarás tú igual –profetizó huraña señalándose la tripa.

–Es posible –contestó Belle, tranquila y decidida a no enfadarse con Modeste.

Estaba en Lulinn y era feliz. Era el 20 de mayo de 1938. Belle Lombard había ido a Lulinn a casarse.

Joseph Blatt, el marido de Modeste, salió al encuentro de las dos mujeres. Se lo veía más delgado y pálido que nunca. Como de costumbre, no podía controlar su largo cuello y adelantaba la cabeza con cada paso, como un pollo.

–¡Mi querida Belle! –gritó histriónico, y la estrechó contra su pecho. Luego la separó un poco y le guiñó un ojo cómplice–. ¿Qué? ¿Cómo está la joven novia? ¿Un poco nerviosa o qué? ¿Estás bien? ¿O quieres hablar?

Saltaba a la vista que ardía en deseos de darle un par de consejos antes del paso hacia lo desconocido, pero Belle no tenía intención de permitirselo.

–Me va estupendamente, tío Joseph –contestó alegre. Pareció desencantado.

—¿Sí? Eso está bien... Por cierto, te vi hace poco en *Co-razón inmortal*. La proyectan en el cine de Insterburg. Estabas muy guapa.

—Yo no conseguí reconocerte —dijo enseguida Modeste—. ¡Tenías un papel tan pequeño...! La Söderbaum, sin embargo, estaba impresionante.

Belle se encogió de hombros. Hacía dos años que trabajaba en los estudios de la UFA y no había pasado aún de los papeles de figurante, aunque ya contaba con eso cuando se decidió por la carrera de actriz. Hizo caso omiso de la pulla de Modeste y preguntó:

—¿Quién de la familia está ya aquí?

—¡Casi todos! —Joseph sonrió contento. Adoraba el papel de anfitrión que recibía a su amplia parentela con los brazos abiertos—. Tu tío Jo llegó ayer, con Linda y Paul. Y están también Serguéi y Nicola. Han venido con Anastasia.

Jo, Johannes Degnelly, era el hermano de la madre de Belle. Era abogado en Berlín y siempre había sido para Belle una especie de figura paterna. Quería mucho a aquel señor canoso, de ojos melancólicos y carácter mediatundo. Le gustaba también su esposa Linda, aunque ella, aun teniendo ya cuarenta y dos años, seguía jugando a ser la ingenua muñequita de ojos redondos que había sido de muchacha. A quien más quería, sin embargo, era a Paul, el hijo de ambos. Tenía veintidós años, tres más que ella, y era un hombre tranquilo, algo soñador, con una pasión singular por los coches y los motores. Despertaba en Belle instintos maternales y de protección. De niños, decidieron casarse cuando fuesen mayores y, entretanto, habían llegado a ser amigos del alma.

En la puerta, Belle se tropezó con su tía segunda Nicola, una hermosa mujer de rasgos algo tristes. Siendo una niña, Nicola había tenido que huir de la revolución en Petrogrado, en la que había perdido a sus padres, y de joven se había encaprichado del tan encantador como tarambana exiliado ruso Serguéi Rodrov, que de hecho acabó lle-

vándola al altar; aunque, desde entonces, no había dejado duda alguna de que, en el fondo, la despreciaba por su cariño. En lo profesional, a Serguéi ya no le iba tan bien. Antaño había ganado una ingente cantidad de dinero en una inmobiliaria de Berlín. Sin embargo, después de que su patrón se hundiese en el gran crac del viernes negro de 1929, el éxito había rehuido a Serguéi. Al final decidió asentarse con su familia en Breslavia, donde trabajaba como administrativo para una empresa de construcción y tenía una aventura con su secretaria. A Nicola se le notaban en la cara las noches en vela en las que lo esperaba. Su hija Anastasia, una niña de ocho años con una larga melena negra, a la que la familia apodaba «Anne», era el típico ejemplo de hija de familia desestructurada. Se chupaba aún con fuerza el pulgar, se mordía continuamente las uñas, gritaba en sueños y llamaba la atención en la escuela con su comportamiento agresivo. Odiaba a su padre porque él no le prestaba atención.

—Ah, Belle —dijo Nicola con aire distraído; parecía que había llorado—. ¿Dónde está tu prometido?

—Llega pasado mañana; hoy y mañana tiene función en Berlín. ¿Cómo estás tú, Nicola?

—Bien —sonaba poco convincente—. Es bonito estar aquí de nuevo.

Se sostuvieron la mirada: Nicola frustrada, y Belle, con su confianza y su alegría despreocupada. «Pronto vas a saber tú también cómo es la vida, cómo son los hombres...», pensó Nicola.

Como un fantasma, Jadzia, el ama de llaves polaca, salió de la penumbra del fresco corredor. Sostenía dos grandes jarras de suero de mantequilla en las manos.

—Comida está. No va mejorar por estar en mesa. Enfría porque las señoras hablan y hablan.

Jadzia, vieja, menuda y lista, no tenía respeto por nadie. Su palabra valía en Lulinn más que la de Modeste, a pesar de que ella fuese la señora oficial.

–Vamos enseguida, Jadzia. Tengo que lavarme las manos. –Belle subió la escalera.

Su cuarto tenía papel pintado de flores y un balconcito ante el que crecía un manzano, cuyas ramas casi entraban por la ventana. El sol del atardecer pintaba manchas rojizas en el suelo de madera, olía a pino y a hierba templada. Belle aspiró con fuerza. Se quitó el sombrero y, mientras se lavaba las manos, se contempló en el espejo. Max había dicho que tenía los ojos más bonitos del mundo y que nunca había visto unos iguales.

«Son totalmente grises, Belle, como un mar bajo la lluvia, pero inmóvil, frío y remoto. No tienen calidez tus ojos, y eso es lo que me fascina y, a la vez, me inquieta».

Era típico de Belle prestar atención solo a las palabras de él que le gustaban. Y lo que decía de la falta de calidez en sus ojos no le molestaba; según su experiencia, los hombres enamorados interpretaban los ojos de una mujer a su antojo y, a menudo, una podía hacer caso omiso de la mitad sin dudarle. Pero si él la encontraba hermosa, es que la encontraba hermosa, y eso había sido decisivo.

Max Marty tenía treinta y ocho años y, por tanto, casi veinte más que Belle. Había pasado su niñez en Roma, siendo como era hijo del famoso actor Massimo Marti y de su caprichosa esposa alemana, que no había dado un respiro a la familia con sus locas ocurrencias. Max y su padre nunca se habían entendido, por lo que el hijo, en cuanto acabó la escuela, se marchó a Alemania y estudió Arte Dramático en Berlín, con Max Reinhardt. Que, a partir de entonces, escribiese su apellido con «y» en vez de con «i» al final, respondía a dos razones: por un lado, le parecía, como el joven exaltado que había sido, interesante; por otro, también significaba para él un alejamiento de su padre. Quería marcar una clara diferencia entre él y Massimo.

«En realidad, podría llamar aún a Max –pensó Belle–. Si tengo suerte, lo pilló antes de que salga para el teatro».

El teléfono estaba en el salón, donde a esa hora no habría nadie. Mientras Belle esperaba la conexión, miró a su alrededor, y un sentimiento de paz se fue extendiendo en ella. El secreter rococó, las cortinas de seda azul en las ventanas, la soberbia alfombra persa. Un esplendor adquirido y conservado durante siglos, del que todos obtenían la seguridad en sí mismos con la que vivían.

—¿Diga? —sonó la voz de Max.

Como siempre, Belle sintió de inmediato la electricidad que había entre ellos.

—¿Max? Soy yo, Belle. ¡Estoy en Lulinn!

Max se rio como para sí.

—¡Lulinn! La palabra mágica. ¿Cómo estás?

—Genial. Pero te echo de menos. Más vale que no te echés atrás y estés en el tren de pasado mañana a Insterburg.

—No me atrevería. Me perseguirías por medio mundo.

—No estés tan seguro. Igual atrapo enseguida a otro hombre y vivo feliz y contenta con él.

Eran las bromas habituales entre ellos, pero la risa de ambos sonó algo forzada, y había momentos, eso lo comprendía Belle, en que entre ella y Max no todo funcionaba. Había conseguido, sea como fuere, que él accediese a la boda, pero la verdad era que no estaba igual de empeñado que ella en casarse. Algo no iba bien, pero Belle no indagó en lo que era. Recordó una discusión que había tenido con Max unos días antes. Estaban con un par de amigos en un café, donde se discutía con vehemencia sobre la anexión de Austria a Alemania en marzo, y sobre el abierto rearme de la Wehrmacht.

Belle se había aburrido y se lo había echado en cara a Max de camino a casa.

—Cuando estás hablando con tus amigos, te olvidas por completo de que estoy. Te da exactamente igual si me duermo con vuestras interesantísimas conversaciones.

Max se había enfadado.

–¡Dormirte! ¡Dormirte! ¿Sabes lo que está pasando en Alemania? ¿Tienes claro que...?

–¿Podrías hablar un poco más bajo? –bufó Belle–. Estamos en medio de la calle.

Max bajó la voz.

–Te da lo mismo lo que hagan los nazis. Te da lo mismo lo que haga Adolf Hitler. Mientras no afecte a tus proyectos. No eres en absoluto tan tonta como para no entender las cosas, es que te importan una mierda. Lo único que te preocupa es cómo conseguir ser una gran estrella de cine, ¡nada más!

–Sí –dijo ella con abrumadora sinceridad.

Max hundió las manos en los bolsillos de su chaqueta.

–No entiendes que... Maldita sea, ¡da igual!

En cualquier caso, se habían reconciliado. Y, más tarde, Belle solo pensó: «Bah, ¡Max estaba de mal humor!».

–Tesoro, tengo que irme –dijo Max desde el otro lado de la línea–. La función comienza dentro de una hora. Me deseas mucha mierda, ¿verdad?

–Por supuesto, Max... Te quiero.

Se quedó pensando cuando colgó el auricular e hizo un gesto que le formó entre los ojos una arruguita enojada. ¿Por qué él no podía mostrar nunca sus sentimientos?

Al salir al pasillo, oyó las voces del comedor, los platos entrechocando, los cubiertos tintineando. Se podía entender claramente a Modeste:

–Me puede la curiosidad de saber si Felicia vendrá a la boda de Belle. Sería la primera vez en años que se digna asistir a una celebración familiar.

–No seas injusta, Modeste –dijo Nicola–. Felicia no tiene tiempo. Pero seguro que viene: quiere mucho a Belle.

Modeste resopló con desdén y comentó justo lo mismo que Max decía siempre sobre la madre de Belle:

–Felicia solo se quiere a sí misma, querida Nicola. A nadie más.

2

Felicia Lavergne tenía cuarenta y dos años, y era una hermosa mujer, alta y delgada; llevaba la densa melena oscura cortada a la altura de los hombros y suelta. Aunque sonriese con ganas, la sonrisa no le llegaba a sus ojos: su cordialidad era calculada. Con la mayoría de las personas se comportaba sin calidez ni espontaneidad alguna. Los hombres se sentían atraídos por ella, aunque a la vez perplejos, pues se preguntaban por qué notaban el temor instintivo de estar enredándose. En los mentideros de la sociedad múniquesa se decía: «Es una mujer con dos intereses: su dinero y su familia. No hay nada más que mueva su ánimo».

Felicia Lavergne había estado casada dos veces. De su primer marido, Alex Lombard, se divorció; su segundo marido había muerto en 1928. De este matrimonio era hija la benjamina de Felicia, Susanne, que vivía con ella en Munich. En aquella tarde de mayo, mientras Belle Lombard llegaba al soleado Lulinn en la Prusia Oriental, en Munich llovía. Un aroma intenso y húmedo a lilas en flor entraba por la ventana abierta del despacho en la gran casa de la Prinzregentenstrasse. Felicia había estado contemplando a través de ella el tronco oscuro del castaño del patio y las corolas blancas que relucían en sus ramas. Al rato se volvió, revisó rápidamente el contenido de su bolso y agarró su chaqueta, que colgaba de la silla.

–Voy a salir, Susanne.

Susanne estaba acurrucada con las piernas encogidas en el sofá.

–No entiendo por qué tienes que salir también esta noche –dijo agresiva.

Era bonita de una manera trivial, rubia y con los ojos azules como su difunto padre, y además pálida y delgada, por lo que siempre tenía un aspecto un poco enfermizo. En aquel momento estaba preparando su entrada en la universidad; estaba nerviosa, dormía poco y eso la hacía más irritable que de costumbre.

Felicia suspiró.

–Porque mañana nos marchamos a Lulinn y aún tengo que discutir con Peter un par de cosas.

–¡Siempre Peter! –Susanne miró maliciosa a su madre –. Si Peter silba, tú saltas. Como si te hiciese falta.

–Peter es mi socio. Llevamos juntos una fábrica y, si uno de nosotros se va de viaje dos semanas, tenemos que hablar de ciertas cosas. Dios mío, Susanne, no pongas esa cara. De todas formas, deberías irte pronto a la cama, tienes mal aspecto. ¿Le digo a Jolanta que te ponga algo de comer?

–No. No tengo hambre.

«Pues algún kilo más pegado a las costillas te sentaría bien», pensó Felicia.

–Susanne, tienes que entender que...

–No es tu socio. Es tu jefe. Todo le pertenece. ¿No es eso?

Felicia se estremeció. Susanne la miró satisfecha.

–Pero no tienes malas cartas, mamá. Peter Liliencron es judío... Medio judío al menos. Tarde o temprano se lo expropiarán y tal vez entonces puedas hacerte con todo. En el fondo, no podía pasarte nada mejor que los nazis.

Felicia examinó a su hija con indiferencia.

–Pareces realmente agotada, Susanne; si no, no dirías tantas tonterías. Me voy y espero que mañana estés de mejor humor para el desayuno.

Salió del despacho y cerró la puerta de un portazo.

Peter Liliencron vivía en una villa antigua con ornamentos de estuco, en Bogenhausen, vigilada desde hacía poco por dos grandes perros pastores. Esta medida de seguridad le parecía necesaria desde que, nueve meses antes, una tropa de las SA había irrumpido en su jardín y dejado una imagen desoladora a su paso. No quedó, literalmente, ni una brizna de hierba en su lugar. Peter había querido denunciarlo, pero se vio rechazado con palabras bruscas:

–¿Qué se cree? ¿Que aquí nos ocupamos de asuntos judíos?

–La casa es de mi madre, y ella no es en absoluto judía. Así que le pido, por favor, que deje constancia de mi denuncia.

Sonriendo burlones, le dieron un formulario que al final él no rellenó.

Los perros no ladraron cuando Felicia tocó el timbre, y no había luz en la casa, pese a la tarde oscura de lluvia. Sorprendida, avanzó por el camino del jardín. Le abrió el mismo Peter.

–Qué bien que estés aquí. Entra rápido, antes de que te empapes. ¿Cómo es que llueve así?

Felicia entró con una zancada en la casa.

–Un tiempo de perros. ¿Tiene Kati libre?

Por lo general,abría la chica de servicio.

–Sí... Es su tarde libre... –Peter parecía nervioso.

Felicia notó que estaba pálido, que los ojos le ardían de desasosiego.

–¿Ha pasado algo? ¿Dónde están los perros?

–Con mi madre en Grünwald. Y se van a quedar allí.

–¿Por qué? ¿Ya no los necesitas? ¿Qué pasa entonces?

La llevó a la sala de estar. Allí había dos maletas hechas.

–Me voy esta misma noche a Suiza.

Felicia no entendía.

–Te dije que voy a estar dos semanas en Lulinn. No te puedes ir de viaje también ahora.